

# El poder del mar: El «Thíasos marino»

MARÍA ISABEL RODRÍGUEZ LÓPEZ

## RESUMEN

*Desde tiempos inmemorables, el mar ha sido un reino de misterios y la fuente primordial en la que las culturas costeras del Mediterráneo basaron la mayor parte de sus actividades económicas. Los griegos forjaron atractivos mitos para explicar la grandeza y versatilidad del mar, que ellos percibían como un poder sobrenatural. El gran Poseidón, su dios principal, tenía el privilegio de ser acompañado por una corte triunfal de servidores, el llamado Thiasos marino, porque tanta grandeza no podía ser encarnada en una sola personalidad divina. Poseidón y también los miembros de su corte fueron la materialización artística y poética de las fuerzas del mar, de la inmensidad y el misterio escondido en sus profundidades.*

## ABSTRACT

*Ever since time immemorial, the Sea has been a kingdom of unfathomable mysteries and the primordial source in which coastal cultures of the Mediterranean based the greater part of their economic activities. The Greeks forged attractive myths to explain the greatness and versatility of the Sea which they perceived as a supernatural power. The great Poseidon, their main god, had the privilege of being accompanied by a triumphant court of attendants, the so called marine thiasos because such greatness could not be incarnate in just one divine personality. Poseidon as well as the members of his court were the artistic and poetic materialization of the forces of the Sea, of the immensity and mystery hidden in the depths.*

En la antigüedad se denominaba «thíasos» (del griego θιάσος) a la compañía o cofradía que se encargaba de celebrar las fiestas en honor de una divinidad y que formaba el ruidoso tropel de personajes cuya procesión acompañaba al dios en sus días de júbilo. En Roma, este bullicioso

cortejo procesional fue designado bajo el vocablo «thiasus», utilizado para evocar, al mismo tiempo, un cortejo y un canto, porque, probablemente, ambas nociones estuvieron indisolublemente unidas, no pudiendo concebirse una celebración religiosa sin el acompañamiento de música.

Desde los años cuarenta y hasta nuestros días, arqueólogos e historiadores del arte se han ocupado de analizar y estudiar, desde múltiples perspectivas, aquellas manifestaciones artísticas protagonizadas por seres míticos integrantes de cortejos acompañantes de los grandes dioses <sup>1</sup>; sin embargo, todavía hoy no resulta difundida una idea lo suficientemente clara de cuál fue la verdadera significación de los mismos. En el presente artículo, sin ninguna pretensión definitiva, abordaremos este tema con el propósito de abrir una brecha que pueda servir de punto de partida para que futuros estudios comiencen a poner de relieve la profunda significación iconológica que encierran las representaciones iconográficas de dichas procesiones triunfales.

Para ello, tomaremos como hilo argumental de nuestro discurso el cortejo poseidónico, el llamado «thiasos» marino, tema al que hemos dedicado ya varios trabajos de investigación <sup>2</sup>. No obstante, antes de sumergirnos en el mundo de las profundidades marinas, es para nosotros obligado hacer alusión de carácter general a otras divinidades de la mitología clásica que fueron, habitualmente, acompañadas por un «thiasos», ya que su formación y evolución discurrió paralela al devenir del cortejo de Poseidón.

Es sabido que no todos los dioses olímpicos gozaron del privilegio de tener un divino séquito, sino que sólo algunos de ellos, los más representativos de los cultos referidos a las fuerzas telúricas, agrarias o marinas, se hicieron acompañar de una comparsa representativa de los agentes activos que su poder divino controlaba. En este sentido, el «thiasos» más importante y sonoro de la antigüedad fue el responsable de festejar las celebraciones en honor de Dioniso.

---

<sup>1</sup> Entre estos estudios merecen ser señalados: BECATTI, G., «Ninfe e divinità marine. Ricerche mitologiche, iconografiche e stilistiche», *Studi miscellanei*, 17, Roma, 1971; KAHLER, H., *Seethiasos und census*, Berlín, 1966; LATTIMORE, S., *The marine thiasos in Greek sculpture*, Los Angeles, 1966; NEIRA JIMÉNEZ, M.L., *La representación del thiasos marino en los mosaicos romanos: Nereidas y Tritones*, Tesis Doctoral, U.C.M., 1992; OLMOS, R., «Míticos pobladores del mar, tritones, hipocampos y delfines durante la época prerromana y republicana en España», *Lecturas de Historia del Arte*, 1989; RUMPF, A., *Die Meerweesen auf den antiken Sarkophagreliefs*, Roma, 1969; SHEPARD, K., *The fish tailed monsters in Greek and Etruscan Art*, Nueva York, 1940.

<sup>2</sup> RODRÍGUEZ LÓPEZ, M.I., *Posidón y el thiasos marino en el Mediterráneo antiguo*, Madrid, 1987; *Posidón y el thiasos marino en el arte mediterráneo (desde sus orígenes hasta el siglo XVI)*, Tesis Doctoral, U.C.M., 1993; *Mar y mitología en las culturas mediterráneas*, Madrid, Alderabán (en espera de publicación).



Figura 1. Poseidón. Arte griego. Placa votiva de cerámica pintada procedente de Corinto. S. vi a.C. Anticuario de Berlín.

Dioniso fue el último en surgir de los olímpicos y, su nombre hace alusión a su doble nacimiento, y tal vez, a su crianza en Nisa (el más hermoso valle de la tierra) a donde Hermes le había llevado —siguiendo las instrucciones de Zeus— para librarle de la cólera de la recelosa Hera. En este recóndito y maravilloso valle, el dios niño creció alimentado por el sol y la miel, compartiendo sus juegos y, hasta su aspecto, con los salvajes cabritillos (de hecho, en su ritual, uno de los epítetos más significativos le designa como tal), y allí descubrió, también, la viña y su uso.

Herido de locura por su madrastra, su andar errabundo le llevó a propagar el cultivo de la vid por todo Oriente, Frigia (donde fue purificado por la diosa Cibele) y Tracia, desde donde pasó a la India; y fue, precisamente en la India, donde el cortejo triunfal o «thíasos» que habría de acompa-

ñarle en lo sucesivo, tomó su forma definitiva. El repetido tema del *Triunfo de Baco* nos muestra al dios montado en un carro (del que procede muy probablemente el carro de los soberanos del mar, Poseidón y Anfitrite) tirado por panteras y escoltado por silenos, bacantes y otros daimones de la fecundidad como el dios Príapo, de introducción muy tardía.

Los silenos son daimones del campo que se representan de maneras diferentes, según las regiones: unas veces presentan la parte superior del cuerpo humana y la inferior equina (culto más arcaico), aunque su fisonomía más habitual es la que les otorga un busto humano y cuartos traseros velludos, como los del macho cabrío. Los centauros, que se asociaron al culto dionisiaco en fecha más tardía, son seres monstruosos mitad hombres, mitad caballos, que poseían costumbres brutales como la de comer carne cruda y raptar a las muchachas. Es muy probable que de la apariencia de estos seres derive la presencia de los centauros marinos (ictiocentauros) en el cortejo de Poseidón.

Las ménades («mujeres posesas») son las bacantes divinas que siguen a Dioniso para personificar los espíritus orgiásticos de la naturaleza, y sus desenfrenadas costumbres fueron imitadas en los ritos por las bacantes humanas entregadas al culto del dios. Ejercen dominio sobre las fieras, y, de tal suerte, las podemos contemplar cabalgando sobre panteras o con lobeznos en brazos. Por regla general son representadas desnudas, o cubiertas por ligeros velos que apenas si ocultan su desnudez; llevan coronas de hiedra, y en la mano un tirso o un cántaro, y en no pocas ocasiones aparecen en actitud de hacer sonar la flauta o el tamboril, mientras se entregan a una violenta danza. Su paralelo en el «thíasos» marino son las figuras de las nereidas, pero en esta comparación es preciso señalar que las formas orgiásticas que se revelan en todo momento en el rito dionisiaco, no estuvieron presentes en ningún caso en las procesiones marinas.

El culto a Dioniso, a pesar de la oposición que encontró en un principio en el mundo griego, estaría llamado a tener un enorme desarrollo y llegó a tener tantos adeptos, que ninguna fiesta en Grecia se le podía comparar. Estas fiestas se celebraban en primavera, cuando brotaban los pámpanos en las vides, y duraban cinco días, período de gran alegría, de paz completa, constituyendo un auténtico espectáculo teatral.

Dioniso es una personificación mitológica de la impetuosa y desbordante fuerza de la naturaleza, del mismo modo que Poseidón lo es del mar. Si Demeter obsequió a los hombres con el trigo y demás cereales y frutos del campo, Dioniso les ofreció los frutos de los árboles y arbustos, y en especial, el vino. De este modo, el dios no hace más que completar y perfeccionar la idea representada en Demeter, la gran diosa de la cultura

humana y, por este motivo, sendos dioses eran venerados, a menudo, en fiestas comunes.

Dioniso es el dios del vino, bebida que puede ser, según su uso, buena y mala. Ciertamente es que llena de algazara el corazón de los hombres, pero también lo hace débil en la embriaguez que suscita. El pueblo griego era demasiado inteligente para dejar de plasmar en sus mitos ambos efectos del vino, y por ello Dioniso era también un poder que incitaba, en ocasiones, a crímenes brutales. Todo lo relacionado con este dios tenía un invariable carácter de violencia, y las frenéticas danzas de las ménades, que llegaban a rayar en el salvajismo, tenían, indudablemente, un carácter vital.

Sin embargo, la faceta más interesante a señalar en este dios, y quizá por ello su gran número de adeptos, era la seguridad de que no todo terminaba con la muerte. Sus adoradores creían firmemente que en su muerte y resurrección tenían la prueba más concluyente de la supervivencia eterna de las almas, creencia que constituía la base de los misterios eleusinos, a los que Dioniso pasó a formar parte junto con Demeter y Perséfone.

Afrodita es otra de las divinidades cuya efigie aparece frecuentemente acompañada por un cortejo triunfal y cuya relación con el mundo del mar es muy estrecha, dada su condición de diosa marina. Cuando Crono se rebeló contra su padre, Urano, la castración parricida fue un acto germinal del que nacería Afrodita, la más atractiva de las diosas del Olimpo; los testículos de Urano cayeron al mar y del contacto del esperma con la espuma se engendró la bella diosa. Otras tradiciones mitográficas refieren que fue la espuma del mar, por sí sola, la que formó, entre las azules y transparentes aguas del Mediterráneo a la hermosa inmortal.

Hay quienes prefieren otra genealogía, sosteniendo que Afrodita sea el fruto de los amores de Zeus y Dione, o de Océano y Tetis; sin embargo, la escena de la diosa surgiendo de entre las olas del mar y navegando en su venera fue la imagen preferida por los artistas, y este concepto de diosa marina se impuso por encima de cualquier otro. No puede olvidarse, sin embargo, a otra Afrodita, la llamada «Pandemos» por Platón, es decir, la madre del género humano, asociada con todas las diosas madres del Oriente Próximo, y ensalzada en su día por Praxíteles por encargo de los cnidios.

Afrodita es una deidad de origen oriental, nacida en la costa de la isla de Citera, desde donde fue llevada, amorosamente, por Céfiro a la isla de Chipre. Su culto se introdujo en el mundo griego por mar, y los helenos, entusiastas de todo lo maravilloso, imaginaron entonces una leyenda según la cual la diosa había salido de la espuma de las olas, y le dieron el nombre de Afrodita (de αφροσ, espuma). El esquema mítico de diosa del amor y de



Figura 2. Poseidón y Amimone. Arte etrusco. Espejo de bronce grabado. S. IV-III a.C. Vaticano, Museo Gregoriano etrusco. Dibujo: Gerhard.

la belleza se complementa con el de diosa del mar, muy difundido en todas las tradiciones legendarias de zonas geográficas próximas a Grecia.

En Pafos (Chipre), la diosa tuvo su santuario más importante, y fue allí donde la inmortal fijó su lugar de residencia, rodeada por las hijas de Temis, las estaciones, sus atentas servidoras. El mar había sido su cuna, por lo que las sacerdotisas del santuario de Pafos se bañaban ritualmente en el mar cercano, rememorando el prodigioso nacimiento de Afrodita, y purificándose en su honor. Afrodita *Urania*, llamada por Platón «hija del Cielo», es una divinidad celeste, dispensadora de abundancia y fertilidad, la diosa del amor y del deseo ; pero, es también una diosa del mar, designada por los autores clásicos bajo los calificativos de «Pontia» (*del mar*) o «Euploia» (*de la navegación feliz*).

En este sentido, Afrodita es una deidad propicia a los navíos y navegantes, que reinaba sobre las olas y los vientos, y deparaba a los barcos que la imploraban una tranquila y dichosa travesía. Como su culto estaba particularmente extendido por numerosas islas de los mares griegos, y en

las ciudades portuarias, nada tiene de extraño que fuera esta concepción de la diosa la dominante en la religión oficial. Cuando los romanos identificaron a Afrodita con Venus (*Venere*), dieron su nombre al cuerpo celeste de mayor luz del firmamento, tras el sol y la luna: la estrella de la tarde y el lucero de la mañana, y en definitiva, la guía de los marinos.

Las palomas eran las aves favoritas de la diosa, ya que como ellas, Afrodita había ascendido al cielo para seducir con sus encantos a dioses y mortales; alrededor de la «radiante diosa rubia» aparecen, generalmente y a modo de cortejo triunfal, sus servidores, sobre todo las Cárites y las Horas, que formaban su séquito, especialmente a partir de la época helenística.

Son muy abundantes las representaciones artísticas en las que la diosa aparece navegando sobre el mar, en una venera sostenida por tritones o centauros marinos. Las nereidas y todas las criaturas menores que encarnan la gracia y la belleza del mundo submarino (delfines, hipocampos, pececillos...) son, junto con los pequeños erotes que en la mitología pasan por ser sus hijos, los habituales de su «thíasos».

En su acepción de divinidad marina, la iconografía de Afrodita se entremezcla y confunde, en muchas ocasiones, con la de Anfítrite o Tetis, particularmente en la estatuaria, cuando estas divinidades muestran un delfín a sus pies como atributo distintivo. Es por ello que muchas imágenes de Afrodita la ponen en estrecha relación con los dominios marinos, y que muchos de los integrantes del «thíasos» marino celebraron también, a modo de glorioso séquito, la apoteosis de su potestad.

El cortejo poseidónico, denominado «thíasos «marino se formaría, muy posiblemente, por influencia del cortejo dionisiaco. Como señaló en su día Doro Levi «el thíasos marino surge en comparación y al mismo tiempo en contraposición al dionisiaco»<sup>3</sup>, lo que sucedería, en ambos casos, en el siglo IV antes de nuestra era. Con anterioridad a dicha centuria los griegos habían forjado ya numerosas leyendas relacionadas con los dominios marinos, y eran muchas las personalidades divinas de antigua estirpe que seguían vivas en la imaginación de las gentes del mar, aunque la supremacía del Poseidón aqueo se impusiera por encima de todas ellas, que quedaron relegadas a su poderosa personalidad ocupando discreto papel en las leyendas.

Los griegos supieron entender, y así lo reflejan sus mitos, que una fuerza sobrenatural tan ilimitada como la del mar no era susceptible de ser encarnada en una sola personalidad divina, por muy relevante que ésta pu-

---

<sup>3</sup> LEVI, D., *Antioch Mosaic Pavements*, Princeton-Londres-La Haya, 1947.

diera ser. No olvidemos que el mar fue algo esencial para el pueblo griego, un pueblo especialmente sensible ante la naturaleza y sus fenómenos. Tanto hoy como antaño, Grecia es impensable sin el mar. El mar les abrió la senda para conocer y conquistar otros pueblos, y el mar les proporcionó también los medios necesarios para la subsistencia y el ulterior desarrollo histórico. El mar había aportado tanto a los pueblos ribereños que ese innato y muy vivo sentimiento de la naturaleza se crecía ante el mar, y lo convertía en un mundo de dioses, un abismo al que reverenciar porque proporcionaba la vida.

No bastaba un sólo dios para reflejar toda la grandeza escondida en el piélago, y por eso Poseidón tuvo la prerrogativa de ser asistido por un divino cortejo, un «thíasos» de acompañantes que celebraban su triunfo y ponían de relieve, en cada manifestación artística y literaria, su dignidad y su supremacía. Los componentes del cortejo poseidónico son, por ello, la plasmación de la versatilidad y la inconmensurable grandeza del elemento marino.

Son muchos los personajes que integran el «thíasos» marino, que en ocasiones actúan como meros comparsas del gran Poseidón, su soberano, y que andando el tiempo estarían llamados a ocupar el papel de protagonistas en las representaciones artísticas. Es especialmente a partir de la época helenística, cuando su trepidante presencia se hizo más habitual, puesto que resultaba muy apta para satisfacer las exigencias marcadas por una época barroquizante en la que el gusto por la ornamentación estaba en pleno apogeo. Sin embargo, y a pesar de su innegable carácter decorativo, en esta vivaz comparsa del dios del mar se puede rastrear un profundo simbolismo que hunde sus raíces en las creencias de épocas arcaicas, y que viene a demostrar que muchos genios marinos prehelénicos habían prevalecido en el pensamiento de los hombres para materializar todos y cada uno de los aspectos del mar, gratificantes, misteriosos y hasta los que inspiraban el más infinito terror.

POSEIDÓN, el soberano del mar por antonomasia entre los griegos, fue originariamente un dios aqueo de los caballos, un *Despotes Hippon*, como la etimología de su nombre indica <sup>4</sup>, un dios ctónico que, tras su llegada a las costas griegas, cambió su condición de divinidad infernal por la de dios de los mares, habida cuenta del reparto del Universo que tuvo lugar entre los tres hijos varones de Crono: Zeus, Poseidón y Hades. Poseidón quedó convertido en el dios de los mares, pero nunca se olvidaría su vetusto carácter de dios de los caballos, tal y como demuestra el himno homérico compuesto en su honor:

---

<sup>4</sup> La etimología de Poseidón está relacionada con *Posis*, Señor, y *Da*, tierra.



Figura 3. Neptuno. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya. S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

*Oh gran Poseidón que sacudes la tierra y el mar incansable,  
oh, dios marino que posees el Helicón y el vasto dominio  
del Egeo : los dioses te han atribuido, trastornador de la tierra,  
el doble privilegio de ser domador de caballos y salvador de navíos.*

Poseidón ejerció su soberanía sobre las olas y su poder se extendió también a las islas, litorales y a todas las aguas, con excepción de los ríos que contaban con sus propios númenes. Tal vez como reminiscencia de su antiguo carácter de dios de la tierra, Poseidón siempre codició los reinos terrestres, saliendo siempre malparado de los enfrentamientos que por tal aspiración tuvo con otros dioses: disputó a Helio la ciudad de Corinto, y el gigante Briareo, convertido en árbitro, decidió en favor del Sol; para el dios del mar sólo quedaba el Itsmo. También quiso reinar en Egina, pero allí fue suplantado por el propio Zeus; en Naxos lo vencería Dioniso, y en Delfos, Apolo. La ciudad de Trecén, disputada a Atenea, sería a la postre compartida por las dos divinidades, tras el juicio de Zeus, solución que resultó desagradable para ambos. Las dos disputas más famosas que tuvo que afrontar fueron la de la ciudad de Atenas, con Atenea, y la que libró con Hera, a la que pretendió arrebatarse la tierra de la Argólida.

El dios poseía majestad para desatar tempestades, desencadenar tormentas, producir terremotos y para hacer brotar manantiales, o secarlos, con el golpe de su tridente. Los mitógrafos de la antigüedad le atribuyen un cuantioso número de aventuras amorosas, casi todas fecundas, posiblemente atendiendo nuevamente a su origen y condición de «Señor de la Tierra», a su potencia germinadora. Sus hijos son, como los de Ares, en la mayoría de los casos, gigantes maléficos y violentos (Criador, Polifemo, Cerción, Escirón, Lamo, Orión, etc.).

Como dueño y soberano del mar, Poseidón puede ser identificado con la fuerza misma de este elemento, con las corrientes, con los movimientos marinos y, en suma, con la marea («del mar»). Es la vigorosa potencia del mar que origina las fuerzas menores del mismo, o sea, las divinidades secundarias del mar, sus acompañantes en el «thíasos» marino.

Para mitigar el poder iracundo del dios del mar, los mitos pusieron a su lado, como compañera estable, a una de las nereidas, ANFÍTRITE, convertida tras sus desposorios con el gran dios en reina del mar, puesto que ella es la encargada de «apaciguar las olas del sombrío ponto y

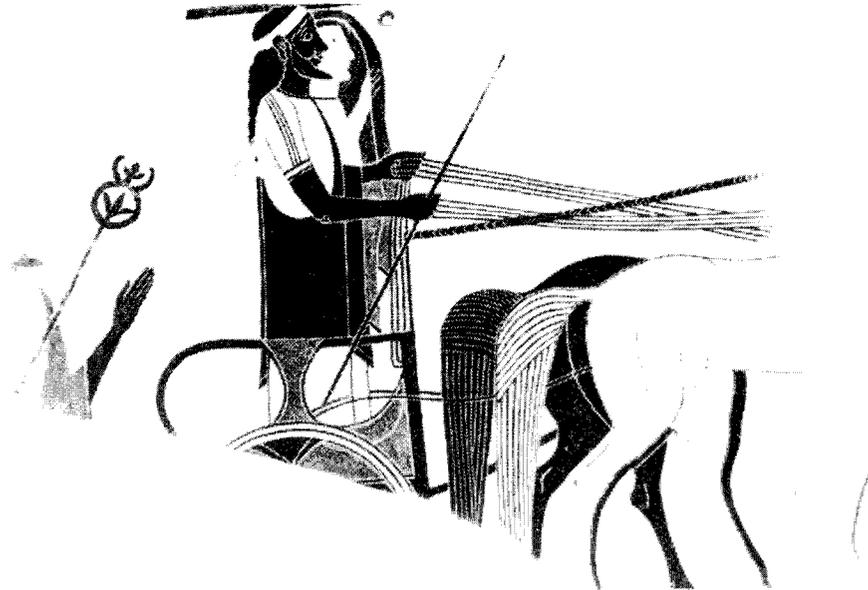


Figura 4. Poseidón y Anfítrite. Arte griego. Placa votiva de cerámica pintada procedente de Corinto. S. vi a.C. Anticuario de Berlín.

calmar los vientos de impetuoso soplo» (Hesíodo). En los poemas homéricos, Anfítrite es citada como sinónimo del mar (τάλασσα), «la que rodea el mundo», una simple abstracción no personificada; sin embargo, la Odisea ya la menciona como esposa del dios marino, y, de esta suerte, estaría llamada a desempeñar el mismo papel que Hera junto a Zeus y que Perséfone junto a Hades. La diosa «de los ojos azules», simboliza la calma y la tranquilidad del mar, su potencia maternal y femenina frente al poder viril de Poseidón. Ella es la protectora de los navegantes: «Mater Anfítrite», heredera de las antiguas diosas del Mediterráneo prehelénico <sup>5</sup>.

El sosiego marino que representa Anfítrite está igualmente simbolizado por los delfines, servidores de la diosa y animales consagrados a Poseidón (en muchas ocasiones su atributo iconográfico más característico, además del consabido tridente), porque los delfines son fieles amigos de todos aquellos que surcan los mares.

Anfítrite tuvo un papel muy discreto en las representaciones artísticas. Como norma general, aparece en ellas ocupando el papel de consorte de Poseidón, en el momento de sus desposorios, tal y como se puede



*Figura 5. Apoteosis de Neptuno y Anfítrite. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya. Dibujo: S. Reinach.*

<sup>5</sup> Cfr. RODRÍGUEZ LÓPEZ, M.I., «La Gran Diosa Madre, Señora del Mar Prehelénico», *Revista de Arqueología*, n.º 81.

vislumbrar en las placas cerámicas votivas (pinaces) exhumadas en el témenos del santuario de Poseidón en el istmo de Corinto. Dichos hallazgos, pertenecientes a la época del arcaísmo griego (S. VII-VI a.C.) nos muestran a la divina pareja montada sobre un carro tirado por corceles, y en ellos, Anfítrite aparece en la característica actitud nupcial, sosteniendo cuidadosamente su velo con la mano.

En época tardía, el originario carro de la pareja se desliza sobre la superficie del mar, y los corceles de su tiro pasan a ser caballos marinos o delfines; es entonces cuando los dioses del mar aparecen precedidos por un tritón, que anuncia su llegada con el sonido de su aulos, y su presencia se celebra con el júbilo de un tropel marino formado por tritones, hipocampos, nereidas, ictiocentauros y toda suerte de animales fabulosos. Este tema, conocido como la *Apoteosis de Poseidón y Anfítrite*, fue muy habitual en el mundo helenístico, desde donde pasó a Roma; su origen hay que buscarlo, muy probablemente, en el carro triunfal de Dioniso y Ariadna.

Menos frecuentes son las representaciones iconográficas de Anfítrite en solitario, aunque no constituyen una excepción. En ocasiones, y tanto en la pintura griega como en la romana, la podemos contemplar sentada en su trono submarino, acompañada por su hijo Tritón, o por delfines. Escasa difusión tuvo su efigie en la escultura donde suele aparecer representada en idéntica actitud que Afrodita, con un delfín a sus pies.



Figura 6. Anfítrite y Tritón. Arte romano. Pintura mural procedente de la «Domus Aurea», S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

El HIPOCAMPO (de *hippo*, caballo y *campein*, retorcerse), animal elegido por Poseidón —un dios de los caballos— para enganchar su carro y conducirlo a través de las aguas, aparece, asimismo, con mucha frecuencia en las escenas del «thíasos» marino, en las que representa el papel de animal de cabalgadura para otras divinidades secundarias. Podemos ver en el hipocampo el rizo que la marea produce formando las olas. Así, cuando Poseidón, *la marea*, impulsa a su cuadriga de hipocampos, se producen en el mar las olas: las crines del hipocampo son coronas producidas por la espuma de estas olas.

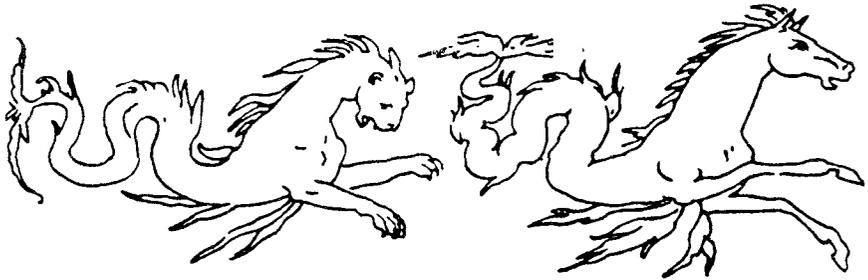


Figura 7. Hipocampo y león marino. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya. S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

De la unión de Poseidón y Anfítrite nacieron un hijo, TRITÓN, y dos hijas, Rode y Bentecisime. En las leyendas y representaciones artísticas sólo el hijo varón adquirió protagonismo: «*De Anfítrite y el ruidoso Poseidón, que bate la Tierra, nació el grande y fortísimo Tritón, dios terrible, que habita áureo palacio en el fondo del mar, cerca de su madre querida y de su noble padre*» (*Hesíodo, Teogonía, 394 y ss.*). Su misión era anunciar la llegada de su padre, empuñando su instrumento musical —en forma de encorvada bocina—. Este aulos o caracola, animado con un potente soplo, producía un estrepitoso mugido, similar al del trueno. Tritón, *el torrencial...*, que elevaba sobre los abismos sus hombros cubiertos de escamas (*Ovidio, Metamorfosis I*), era un dios muy poderoso, capaz de vencer por sí sólo a tres gigantes (tal y como le vemos en la Gigantomaquia del Altar de Pérgamo). Actuaba como mensajero y heraldo de la divinidad a la que precedía, anunciando con sus truenos las tormentas que su padre Poseidón, descargaba en el mar.

Tritón intervino en la expedición de los Argonautas, y adoptando la figura de Eurípilo indicó a los navegantes el itinerario que debían seguir para arribar en el Mediterráneo. Su nombre se menciona asociado a una



Figura 8. Tritón o Nereo. Arte griego. Lekithos. S. VI a.C. París, Museo del Louvre.

leyenda beocia, de Tanagra, según la cual había acometido a unas seguidoras de Dioniso mientras éstas se bañaban en un lago, por lo que el dios del vino le obligó a huir de allí.

La iconografía de Tritón fue, originariamente, la de un ser con cabeza barbada y torso humano cuyas extremidades inferiores, adaptadas al medio acuático, quedaban mudadas en una poderosa cola pisciforme. Dicha iconografía nos deja intuir que Tritón era un ser análogo a Nereo, Glauco o Forcis (dioses muy antiguos del Mediterráneo prehelénico, subyugados al Poseidón aqueo). Durante el período arcaico su aspecto majestuoso y solemne resulta especialmente cercano al de Nereo; más tarde, andando el tiempo, su imagen adquirió características peculiares, y, desde el siglo IV a.C., cuando se formó definitivamente el cortejo poseidónico, la figura de Tritón se multiplicó, convirtiéndose en un personaje genérico que denomina a toda una estirpe de seres iguales a él, los TRITONES, que en no pocas ocasiones tienen no una, sino dos colas pisciformes (tal vez por influencia de la iconografía de los Gigantes, muchos de ellos hijos de Poseidón).

Como colectivo, los tritones fueron los comparsas habituales en múltiples y variadas escenas, así como una cómoda cabalgadura para las nereidas, junto a las que aparecen en las representaciones mostrando tímidos idilios. Sólo excepcionalmente aparecieron en el arte antiguo las



Figura 9. Tritón. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya. S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

representaciones de las tritonisas (mujeres-pep), paredras de los tritones, y este hecho puede explicarse, probablemente, porque los artistas prefirieron sacar a la luz la curiosa contraposición de formas y de naturalezas que se daba entre los monstruosos cuerpos de los tritones, y las exquisitas y delicadas formas de las hijas de Nereo. Además, a ello hay que añadir el hecho de que el mismo piélago, dada su versatilidad, ofrece en su seno la misma disparidad, ya que es al tiempo hermoso (como las nereidas) y viril (como los tritones). No es en vano que, históricamente, haya sido designado como vocablo de género masculino o femenino: el mar o la mar.

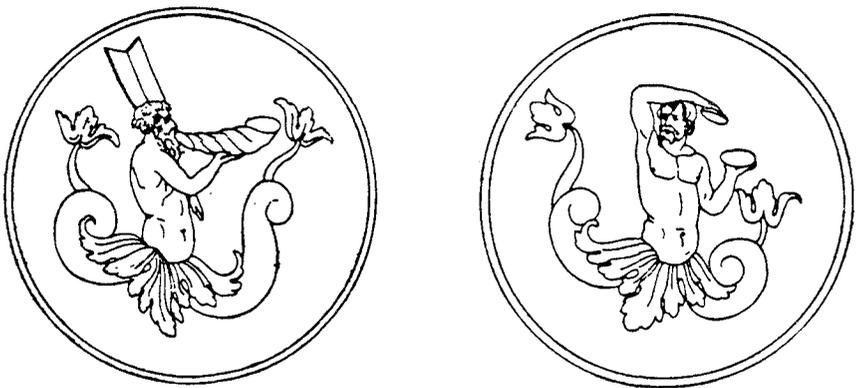


Figura 10. Tritones. Arte romano. Pintura mural procedente de la Villa Adriana. S. II d.C. Dibujo: S. Reinach.



Figura 11. Ictiocentauro y nereida. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya. S. I d.C. Dibujo. S. Reinach.

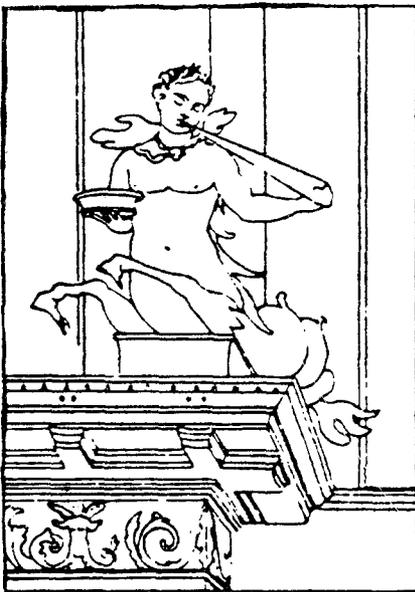


Figura 12. Ictiocentauros. Arte romano. Pintura mural procedente de Herculano. S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

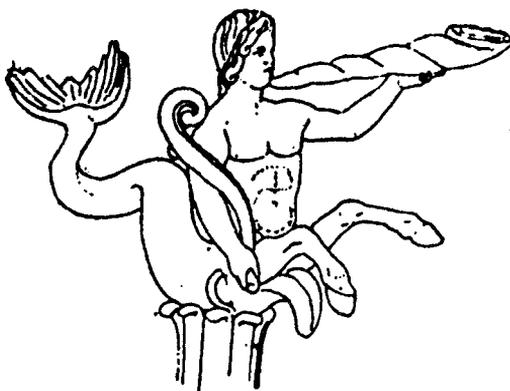


Figura 13. Ictiocentauro. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya. S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

De tritón proceden, asimismo, los ICTIOCENTAUROS o «centauros-peces», seres concebidos como los centauros, pero con las extremidades traseras propias de animales del medio acuático. Los centauros marinos carecen de leyenda, pero constituyeron un tema muy difundido en el arte helenístico y romano, figurando como habituales comparsas de las escenas marinas al lado de hipocampos, tritones, nereidas, etc. La incorporación de los «centauros peces» al «thíasos» marino es por sí sola prueba



Figura 14. Tetis portando el escudo de Aquiles a lomos de un hipocampo. Arte griego. Espejo procedente de Corinto. S. V a.C. Atenas, Museo Arqueológico Nacional.

evidente de la influencia y mutua interrelación entre el «thíasos» báquico y el marino. Su simbolismo resulta afín al de sus congéneres terrestres: son seres violentos que representan tanto la furia varonil del mar como su potencia fecundadora. Al igual que los tritones, los ictiocentauros sirven de montura a las nereidas.



Figura 15. Tetis portando el casco de Aquiles a lomos de un hipocampo. Arte etrusco. Espejo de bronce grabado. S. IV a.C. Londres, Museo Británico. Dibujo: Gerhard.

Las NEREIDAS son hijas de Doris y Nereo, el desposeído anciano del mar Mediterráneo; según las versiones, son cincuenta o cien hijas maravillosas y amabilísimas. Son diosas inmortales, las princesas del Mediterráneo, que forman parte del «thíasos» marino como la personificación de la fecundidad y la gracia del mar, constituyendo el espíritu y carácter femenino del mismo, frente a la brutalidad y aspecto masculino que, como ya hemos señalado, se personifica a través de los tritones o ictiocentauros. A estas nietas del Océano, extraordinariamente bellas según nos cuentan los versos de Hesíodo, las podemos entender como los aspectos gratificantes y fértiles del mar, como su misma belleza, vista desde cincuenta o cien formas diversas. De esta idea derivan sus nombres, que se pueden relacionar con los estados del mar: triste, meloso, amable, salado, hermoso, blanco, etc. No es casual que muchas nereidas porten cofres en sus



Figura 16. Nereidas navegando a lomos de diversos animales marinos. Arte romano. Pinturas murales procedentes de Pompeya. S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.

manos, a modo de receptáculos contenedores de las riquezas marinas, perlas especialmente.

Por lo general, las nereidas aparecen sobre las olas, nadando, es decir, si seguimos nuestra metáfora, cabalgando sobre hipocampos. Pero también las encontramos asociadas a la calma del mar, o sea, montadas sobre delfines, e incluso conteniendo a las fuerzas impetuosas del mar, cuando se recuestan muellemente sobre los lomos de tritones o ictiocentauros. Suelen representarse desnudas, o cubiertas sólo muy ligeramente, dejando visibles sus delicadas formas, por lo que su presencia fue siempre muy del gusto de los artistas, quienes las imaginaron adornadas de perlas y maravillosos corales extraídos del fondo de sus dominios, como personificación de la riqueza del fecundo reino de Poseidón.

Las nereidas más celebradas son Anfítrite, «la reina del mar», Tetis, la madre de Aquiles, y la blanquísima Galatea, cuya popularidad se debe, en gran medida, a los versos del Idilio XI de Teócrito, en los cuales su belleza enciende la pasión del terrible cíclope Polifemo, también hijo de Poseidón. Las nereidas vivían en el fondo del mar, en el palacio de su justo padre, y sentadas en tronos de oro, pasaban el tiempo hilando, tejiendo y cantando (comportamiento típicamente femenino). Por lo general intervienen en las leyendas en calidad de espectadoras, y raras veces como actrices.

Pasan a primer plano en el episodio de la muerte de Aquiles, a quien lloran al lado de su hermana Tetis, o en el momento en que indican a



Figura 17. Nereida sobre delfín. Arte romano. Pintura mural procedente de la «Domus Aurea». S. I d.C. Dibujo: S. Reinach.



Figura 18. Nereidas y animales marinos. Arte romano. Mosaico pavimental procedente del Gran Circo de Roma. S. III-IV d.C. Dibujo. S. Reinach.



Figura 19. Nereidas a lomos de animales marinos. Arte romano. Frente de sarcófago. S. III d.C. Roma, Villa Médici. Dibujo: A. Rumpf.

Heracles cómo logrará de Nereo la información precisa sobre el camino del país de las Hespérides. También se hallan presentes cuando Perseo libera a Andrómeda (ofrecida al monstruo para aplacar la cólera de Poseidón, queriendo vengar el amor propio de las nereidas, con las que Casiopea, la madre de Andrómeda, había intentado rivalizar en belleza). No menos conocida es su presencia en el rapto de Tetis o en la escena de la entrega de las armas a Aquiles.

Una interpretación filosófica muy interesante, propia del helenismo, presenta a las nereidas como «imágenes de la liberación o ascensión espiritual, lograda a través del thíasos o danza procesional»<sup>6</sup>, razón por la que serían representadas de forma predilecta en los sarcófagos, desde finales del siglo II d.C., siendo, junto con los tritones o el Océano, las criaturas encargadas de transportar al difunto al más allá. El mar, relacionado así con ultratumba, actúa como un elemento catártico o de purificación del alma del difunto en su viaje hacia las islas de los Bienaventurados.

En las concepciones helénicas primitivas, el OCÉANO es la personificación del agua que rodea el mundo. A medida que se iban precisando los conocimientos geográficos, el nombre de Océano se reservó al Atlántico, misterioso límite occidental del mundo antiguo. Como divinidad primordial, Océano es el padre de todos los ríos, fruto de su unión con Tetis, su hermana, con la que también engendró a las Oceánides.

Su presencia en las representaciones artísticas comenzó a ser habitual desde el período helenístico, y en el arte romano sus imágenes fueron, en algunas regiones (las que a él se asomaban, en la costa africana preferen-

<sup>6</sup> CLARK, K., *El desnudo*, Madrid, 1981, pág. 263.

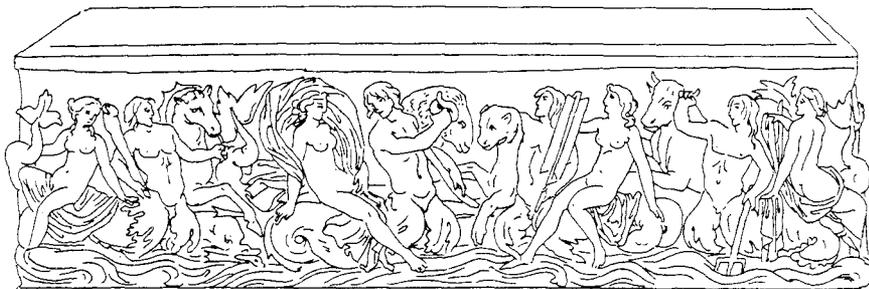


Figura 20. Nereidas con tritones y animales marinos. Arte romano. Frente de sarcófago. S. III d.C. Florencia, Uffizi. Dibujo: A. Rumpf.

temente), más numerosas que las del propio Neptuno. La iconografía del arte romano lo pone ante nuestros ojos como un anciano barbado y semi-desnudo que porta un remo y vuelca un cántaro manante, o bien como una carátula —a modo de mascarón central— y, en estos casos, va normalmente acompañado por un «thíasos» marino compuesto por nereidas, tritones, ictiocentauros y animales míticos de muy variada apariencia.

Con el Océano se expresaba plásticamente todo el misterio ante el desconocido mundo del occidente extremo. Su imagen estuvo presente en los relieves de los frentes de los sarcófagos en los cuales, como ya se ha señalado, las divinidades marinas jugaron primordial papel en el tránsito de las almas hacia los Campos Elíseos.

Hasta este punto hemos hecho alusión a los componentes del «thíasos» marino propiamente dicho, tratando de explicar su profunda simbología en relación con el poder del mar y con el misterio que en él intuyeron las civilizaciones de la antigüedad clásica. Junto a estos personajes



Figura 21. Nereidas y tritones portando un clipeo con el retrato del difunto. Arte romano. Frente de sarcófago. S. III d.C. Pisa, Camposanto. Dibujo: A. Rumpf.



Figura 22. Océano, nereidas y tritones. Arte romano. Frente de sarcófago. S. III d.C. Roma, Palacio Aldobrandi. Dibujo: A. Rumpf.

existieron también otras divinidades menores, heraldos, servidores o hijos de Poseidón, y no pocos monstruos y animales fabulosos que están relacionados con escenas del cortejo marino. Entre los dioses menores de las profundidades citaremos a Proteo, el apaciguador de rebaños de focas en la Odisea, y a Glauco, pescador, metamorfoseado en divinidad de escamosa piel y azulados cabellos. Tampoco podemos olvidar a Ino, madre suicida cuya locura la llevó a arrojar al mar con su hijo Melicerte en los brazos, siendo ambos convertidos por Poseidón en divinidades marinas, y cambiando entonces sus nombres por Leucotea («la diosa blanca») y Palemón (acogido por Poseidón en el Istmo de Corinto, donde presidía los juegos ístmicos).

El mar ofrece a nuestros ojos, como ofrecía también a los de los antiguos, una dualidad importante: es al mismo tiempo fuente de vitalidad, vida misma, y símbolo de destrucción, final de la existencia. De esta suerte, el monstruo marino, llamado Ceto, es la personificación de la fuerza destructora del mar cuando inunda las riberas. El monstruo marino fue representado también al lado de las divinidades del reino acuático, y concebido por regla general como serpiente marina o lobo. Con su expresión de fiereza, Ceto alude a la constante amenaza del mar enfurecido que todo lo arrasa, aunque es, al mismo tiempo, un monstruo que deglute y vomita, y por ello pasaría a considerarse como un símbolo de vida eterna en los albores del cristianismo. Con tal significación lo encontramos en los relieves de los primeros sarcófagos cristianos, en las pinturas murales de las catacumbas y en otras representaciones de carácter mu-sivario en las cuales el tema de Jonás es un símbolo preclaro de la Resurrección.

Otros monstruos marinos fueron imaginados, no obstante, por los poetas y artistas en la antigüedad con el propósito de expresar esta devastadora furia del mar embravecido. Enviados por Poseidón, estos monstruos constituían la venganza del dios del mar ante alguna ofensa, y asolaban las costas y a los pueblos enteros. Para calmar la ira de Poseidón se hacían



Figura 23. *Leucotea (Matuta)*. Arte romano. Pintura mural procedente de Pompeya (?). S. I d.C. Dibujo: Perrot-Chipiez.

necesarios sacrificios, hecho que justifica la amplia difusión del culto desde épocas muy tempranas.

Además, los relatos legendarios nos dan a conocer a dos monstruos marinos, *Escila* y *Caribdis*, emboscados en el estrecho de *Mesina*, en la Italia meridional. Ambos monstruos surgieron como consecuencia de la transformación de jóvenes: de la primera de ellas, *Escila*, se cuenta que fue una bellísima virgen deseada por todos los hombres, y que a todos despreció, y que fue metamorfoseada por la magia de *Circe*, a instancias de *Anfítrite*; a su cuerpo se adhirieron entonces, a la altura de la cintura, seis cabezas de perros, feroces y monstruosas. El mito prosigue narrando que al verse convertida en un ser horrible, *Escila* huyó del mundo y fue a refugiarse en una roca, desde la que vengaría su resentimiento devorando a todos los navegantes que por allí transitaban. El canto duodécimo de la *Odisea* es, quizás, el más conocido de los pasajes literarios que se refieren a dicha revancha, en el cual la nave de *Ulises* fue completamente destrozada por el monstruo.

*Escila* es un rompiente que tiene la forma de mujer rodeada de perros, y las olas que lo baten parecen romperse allí con un aullido similar al de

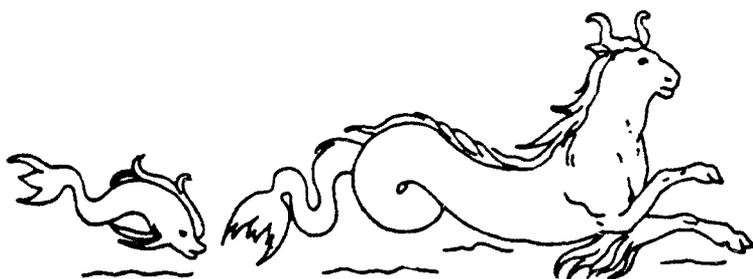
las bestias, es decir, Escila es la personificación de un peligro geográfico real que dificulta y hace complicado el paso de las naves por el Estrecho de Mesina, una costa abrupta y muy difícil de atravesar.



*Figura 24. Escila. Arte etrusco. Espejo de bronce grabado. S. III-II a.C. Berlín. Coll. Herrm Dr. H. Dressel. Dibujo Gerhard.*

El segundo monstruo sito en el mismo paso geográfico es Caribdis, que había sido una ramera que osó robar a Hércules unos bueyes ; el héroe, enfurecido, la arrojó al mar donde fue convertida por Zeus en un escollo, cerca del cual se producen unas peligrosas corrientes, atribuidas en la antigüedad a que, tres veces al día, Caribdis absorbía gran cantidad de agua con todo lo que en ella flotaba, para devolver luego el agua digerida. Por tanto, también Caribdis sirvió para representar un peligro geográfico, en este caso una fuerte corriente.

Para finalizar esta breve alusión a los seres míticos que de una manera complementaria fueron habituales comparsas del cortejo poseidónico, cabe la cita de numerosas especies animales, que, desde el siglo IV a.C. en adelante, experimentaron un fabuloso proceso de metamorfosis para convertirse en seres pisciformes y poder habitar en las profundidades marinas. Lobos, toros, cabras, grifos, panteras, y toda suerte de animales



25. *Toro marino y delfín. Arte romano. Pintura mural procedente de Herculano. S. I d.C. Dibujo. S. Reinach.*

(tanto reales como fantásticos) mudaron su anatomía y pasaron a ser producto de la imaginación de artistas. Tal vez con ellos se quería representar, de forma simbólica, a todos los animales que existían en el mar, muchos de ellos desconocidos para los hombres en aquel tiempo. La realidad y la fantasía se funden estrechamente para hacer de estos animales los súbditos de Poseidón, algo así como el pueblo llano de su vasto imperio, que es, al mismo tiempo, la fauna marina, o dicho de otro modo, la base de la pesca (actividad por la que los marineros y pescadores elevaron tantas veces sus plegarias a Poseidón).

Hemos comprobado en las líneas precedentes que, en efecto, la verdad y la quimera han ido fundiéndose en muchos aspectos relativos al universo del mar y a su inagotable repertorio mitológico. No podía ser de otro modo. Todavía hoy, casi treinta siglos después de que los griegos forjaran sus hermosas leyendas —con un fuerte contenido iconológico—, el mar es un gran desconocido para nuestros científicos, y en él se esconde un misterio infinito, y una inmensidad tal que su poder, el poder del mar, no puede ser comprendido «a fondo» por los mortales, más que con la irremplazable asistencia del mito y de los dioses que lo protagonizan.